

nios, que han querido copiar las del culto que se rendia al verdadero Dios. Esto es facil de conocer y notar, como lo hemos visto. San Agustin era tambien del mismo parecer, así como todos aquellos que han querido y quieren examinarlo con una atencion seria y buena fe.

XXX. LOS AGOREROS.

El colegio de los Agoreros, en Roma, era el cuerpo de mas grande consideracion y el primero en dignidad. Ellos eran realmente los amos de los magistrados, de los reyes y de todos los grandes asuntos de la paz y la guerra, pues que no podian resolverlos ni emprenderlos sino segun sus respuestas. Declaraban las voluntades de los dioses, los secretos del Destino, los acontecimientos futuros que penden de mil causas extrañas y desconocidas, y hacian profesion y fingian recibir estas respuestas y el conocimiento del porvenir, de la diversidad del vuelo y del canto de los pájaros, de su modo de comer, y de las entrañas de las bestias.

Ciceron, que pertenecía á este cuerpo, nos en-

seña ' lo que debemos pensar y lo que pensaban ellos mismos acerca de su profesion. Forma el juicio que de él se debe hacer de este chiste de Caton: « Que no podia comprender como dos Agoreros que se encontraban no podian menos de reirse uno de otro. »

No se puede tampoco hacer concebir mejor la ridiculez de este arte, del cual se servian para gobernar al pueblo, sino por la discusion que hace del mismo este orador filósofo.

« ¿Qué relacion, dice, pueden tener la hiel, el higado y el pulmon de un pollo y de un toro con el genio divino que conduce todas las cosas, con todos los hombres de diferentes naciones, y con todos los accidentes de donde penden los sucesos de una guerra, de una negociacion, ó de cualquier otra empresa, y qué conocimiento del porvenir se puede esperar de él? »

« ¿No podrian hallarse las partes de aquellos animales hermosas y sanas, y al mismo tiempo las de otros defectuosas ú corrompidas? »

« ¿En el mismo animal, si el hombre que le ha escogido halla el higado ú el corazon echa-

¹ De Divinat., lib. II, cap. 3.

« do á perder, los hubiera encontrado otro sanos
« y enteros?

« Pero, añade Ciceron, ¿cuántas falsas res-
« puestas de los Agoreros tenemos, y que todas
« nos han engañado en esta guerra civil, de la
« cual nos prometían un suceso del todo diferen-
« te?

« Es verdad, dice ademas ¹, que la razon y la
« experiencia han desengañado mucho á los
« hombres de semejantes errores; pero la reli-
« gion, la política, la costumbre, la autoridad
« del colegio de los Agoreros han sostenido este
« uso al que nos hemos sometido, para no mudar
« nada en la religion antigua, que contiene al
« pueblo, y para conservar el gobierno estable-
« cido. »

Tal es el testimonio de Ciceron, testimonio sin tacha y de la mas grande autoridad, cuya confesion demuestra que los Agoreros hacian profesion de responder sobre lo venidero, segun las luces que decian sacaban de las entrañas de las bestias, del canto y del vuelo de

¹ *Errabat nullis in rebus antiquitas, quas vel usu jam, vel doctrinâ, vel antiquitate immutatas videmus. Retinentur autem, et ad opinionem vulgi, et ad magnas utilitates Reipublicæ mos, religio, disciplina, jus augurum, collegii auctoritas. CIC., De Divinatione, lib. II, n. 70 y 71.*

los pájaros, aunque estaban obligados á confesar no podian sacar de ello alguna sombra de conocimiento ya natural, ya artificial, aun menos inspirado, tanto mas cuanto que los objetos de su culto no eran sino divinidades quiméricas. Por tanto, seria inconcebible como la idea de descubrir el porvenir por una via tan lejana habria podido nacer en el espíritu de los primeros que fingieron servirse de ella y se atrevieron á proponerla, si no se hubieran inclinado á ello por algun ejemplo, y sostenido por alguna autoridad. ¿No hubiera sido mas natural consultar á los astros, algunos fenómenos, ó aun los elementos esparcidos por todo el universo, mas bien que el vuelo de los pájaros y las entrañas de las bestias?

Pero se descubre la razon y el origen de esta práctica en un hecho verdadero sacado de la historia de Abraham, de donde, por consiguiente, podemos persuadirnos lo han tomado las falsas religiones, segun el uso que tenian de formar mil supersticiones ridiculas sobre las antiguas tradiciones alteradas.

Por eso mismo reconocian todos los autores ¹

¹ *CICERO, De Divinat. lib. II, in princip.; HERODOT., in Euterpe; DIONYS. HALICARNAS., lib. I, versus finem, et lib. II.*

que este preterdido arte de los Agoreros habia venido en un principio del pais de los Caldeos, de donde habia pasado á los Egipcios, despues á los Griegos, y de estos á los Toscanos (que eran Griegos llevados á Etruria por Tyrrenó, hijo de Alys, de Lidia), en fin, desde estos últimos á los Romanos ¹. Estos confesaban que los Toscanos eran sus maestros en este arte; enviábanles los jóvenes de mayor calidad á Toscana para aprenderle ², habian hecho una ley expresa ³ de recurrir á los Agoreros toscanos para los casos arduos y que presentaban dificultades á los Romanos. Lucano atestigua este uso ⁴.

Dionisio de Halicarnasio nos enseña al principio de su libro 1º de las Antigüedades romanas, fundado en el testimonio de los mas antiguos escritores, que Roma y la Italia estaban compuestas en su origen de naciones griegas, que se habian establecido allí en diversos tiempos, que los primeros habian venido de Arcadia, en tiem-

¹ FENESTELLA, *De Sacerdotib. Roman.*, cap. 4; POMONIUS LETUS, *De Romanis Magistrat. et Sacerdot.*, cap. *De Augur.*

² STRABON, *Geographia*, lib. v.

³ ALEXANDER AB ALEXANDRO, lib. v, in princip.

⁴ *Hoc propter placuit Tuscos de more vetusto. Acciri Pates.*

Pharsal., lib. i, v 584.

po de Enotro, y que habian traído las religiones y culto de los Griegos á la Italia, donde se habian perfeccionado. Justino ¹ asegura que los Griegos habian ocupado, no solo una parte de la Italia, sino casi toda ella; y Julio Africano que vivia en el siglo tercero, cuenta en su crónica, mencionada por Eusebio ², que los Atenienses eran una colonia de los Egipcios.

Pero lo que Plinio ³ y Alejandro de Alejandro ⁴ nos enseñan, nos lleva mas adelante en los conocimientos que buscamos. Refieren que los Carios fueron los primeros Griegos que aprendieron de su rey Caró Caras, el arte de los Agoreros por el vuelo de las aves. Heródoto, pues, en el segundo libro, nos hace saber que los Carios habian enviado colonias al Egipto, y las habian establecido allí, y Bochart ⁵, que uno de los primeros establecimientos de los Fenicios fué en la Caria, cuyo nombre y el de Car que dan á su rey, es Fenicio, y significa cordero ó carnero, por la grande cantidad de ganados que hay en esta

¹ *Historia*, lib. xi, in princip.

² *Præparat. Evangelica*, lib. x, cap. 45.

³ PLINIO, lib. vii, cap. 56.

⁴ ALEXANDER AB ALEXANDRO, *Genialium Dier.*, lib. v, cap. 45.

⁵ *In Chanaan*, lib. i, cap. 7.

provincia. Por tanto se ve que los usos de los Egipcios y Fenicios han pasado á los Griegos por los Carios.

Elieno dice que los Bárbaros (entre quienes cuenta á los Egipcios) enseñan que hay dioses, cuya providencia vela sobre nosotros, y que por su bondad para con los hombres, les dan parte en el conocimiento del porvenir, por el ministerio de las aves, las entrañas de las bestias, etc. Pero Heródoto asegura todavía mas precisamente que todo el arte de adivinar habia venido de los Egipcios, así como las asambleas, pompas y ceremonias de la religion, y que los Griegos las habian aprendido de los Egipcios¹.

La verdadera religion nos enseña que Dios, Señor del cielo y de la tierra, es el único autor y la causa universal de todo cuanto se hace en la naturaleza, y que el poder que ha comunicado á las criaturas se reduce á producir ciertos efectos por su intervencion y aplicacion, segun las reglas generales por él establecidas, pero interrumpe

¹ *Est divinandi in templis ratio ab Aegypto absorta; ipsi igitur Aegyptii extulerunt principes conventus et pompas et conciliabula factitandi, et ab his Graeci didicerunt. HERODOT. l. b. II. n. 58.*

ó muda estas reglas cuando lo juzga del caso, y produce diferentes efectos con motivo de cosas, que segun el orden comun no tienen relacion alguna con ellas, para convencer á los hombres de que él es el autor y el dueño de estas reglas generales, que se llaman naturaleza. Entonces son milagros que prueban el poder sobrenatural y divino.

Por lo mismo, queriendo Dios corroborar la fe de Abraham, que le pedia alguna señal para seguridad de las grandes é increíbles promesas que le hacia¹, se dignó mostrarle que, lo que parecia superior á las fuerzas de la naturaleza, no le era imposible y no tenia necesidad alguna del auxilio de las causas naturales. *Tomad, le dice, una vaca, una cabra, un carnero; todos de tres años, con una tortolilla y una paloma.* Abraham tomó estos animales, partió los tres primeros por en medio, como se lo habian mandado, dispuso á sus lados las partes semejantes de cada uno una en frente de otra, pero no dividió la tortolilla ni la paloma, é impidió que las aves de presa que vinieron á echarse sobre estas bestias muertas las comiesen. Al ponerse el sol, Abraham se dur-

¹ *Genes., cap. 15.*

mió y se apoderó de él un horror violento y estuvo envuelto con espesas tinieblas, en las cuales Dios se le apareció, le habló, y le hizo ver en el porvenir que su posteridad estaría como desterrada y subyugada en una tierra extranjera por espacio de cuatro siglos, despues de los cuales Dios castigaria el pueblo que la habria tenido en la servidumbre y la sacaria de sus manos rica y poderosa; que cuanto á él moriria en paz en una dichosa vejez, y que su cuarta generacion vendria á establecerse en la tierra de Canaan donde él estaba. Despues de haberse puesto el sol se levantó una niebla oscura, en donde Abraham vió un horno que humeaba y una lámpara encendida que pasaba por en medio, y separaba las partes de los animales, Entonces Dios renovó sus promesas, hizo alianza con Abraham, que se confirmó en las esperanzas que le habia dado el Señor.

Tal es el origen verdadero y único de donde el espíritu de seduccion que mantenía las naciones en la idolatría, les ha hecho tomar la idea que nunca hubiera podido nacer por sí misma en el espíritu de los hombres, de buscar el conocimiento del porvenir en las entrañas de las bestias y en el vuelo, canto y comida de las aves. Es

la misma en la copia desfigurada y en el original, en la fábula y en la historia sagrada, pero ridicula é inconcebible en aquella, muy racional é divina en esta.

Ademas, Dios prohibió por su ley ¹ toda especie de agüeros y adivinaciones, ya por los sueños, ya por cualquier otra práctica.

No se debe atribuir á ninguna especie de agüeros la observancia de los dias mirados como desgraciados, en los cuales los Romanos no se atrevian á emprender nada de considerable. Tenian la debilidad de temerlos, solo porque en semejantes dias habian sufrido pérdidas, y les habian sucedido desgracias ².

XXXI. LA VARA DIVINATORIA.

La vara es una especie de adivinacion sugerida por el demonio que la tomó de las obras de Dios para usurpar su culto; se aprovechó de la impre-

¹ Levitico, cap. 19.

² *Omnem ab eventu est, illis nam Roma diebus
Damna sub adverso tristia Marte tulit.*

Omn. Pastos.

sion que habia hecho en el espíritu de los hombres un instrumento tal. cuando Dios se habia servido de él para obrar prodigios, y les ha hecho esperar del mismo semejantes efectos para contentar sus pasiones y confirmarlos en las vías del error, donde los habia hecho entrar.

Tambien es, entre las prácticas supersticiosas, la que se habia esparcido mas y la mas acredita; ha seducido, aun en nuestros días, una multitud de personas y sabios de todas condiciones, aunque la Iglesia no haya aprobado su uso.

Han buscado y han creído descubrir con la Vara las aguas y los manantiales ocultos, los metales y minerales, los tesoros ocultos bajo la tierra ó encerrados en las paredes, los mojones que ya no parecen ó que quitaron, los caminos reales perdidos, los ladrones, los asesinos, los maleficios anexos á ciertos lugares; la han usado para reponer los huesos dislocados ú quebrados; han hecho de ella un remedio para toda especie de males; la han consultado para las cosas mas ocultas del pasado, presente y porvenir; le han preguntado sobre las intenciones mas secretas.

Estas indagaciones engañaron muchas gentes en todos los siglos y entre todas las naciones; algunos las aprobaron, otros las combatieron.

Se sabe la reputacion que les habian dado hace algun tiempo, particularmente en algunas provincias de este reino, y cuan frecuente venia á ser su uso. No son los hechos muy antiguos. Se han dejado seducir personas de todos los oficios, por la facilidad que tienen los hombres para creer todo cuanto halaga su curiosidad y pasiones.

Esta Vara la han llamado algunas veces Vara de Mercurio, ú tambien Vara de Moises, otras veces Vara divinatória ó de adivinacion. Le han aplicado varias maderas particulares, entre otras la del avellano, de la cual creyeron era la Vara de Moises; algunos escogieron otras maderas; otras por fin han tomado toda especie de maderas sin distincion. Muchos quisieron que la Vara estuviese ahorquillada, ó que se cogiese la madera en cierto tiempo. Los hay que han introducido palabras sacadas de los salmos ú de otros parages de la Santa Escritura. Ciertas naciones invocaban sus dioses; algunas han invocado á Mercurio, otros al mismo Moises.

Buscaron en la Física las causas naturales de las maravillas de la Vara. No han podido encontrar en ella relacion alguna racional con el orden establecido por Dios en el curso ordinario de la

naturaleza; tanto mas, quanto que aun muchas veces las hacian depender de la intencion á la que se queria aplicar la vara: lo cual está con evidencia fuera del orden natural. Así lo han juzgado; y un sabio padre del oratorio¹ ha hecho ver en la curiosa historia de las prácticas supersticiosas, que esto no podia ser mas que ilusiones é imposturas, ó una consecuencia de algun pacto con el demonio, quien, por el conocimiento que tiene de muchas cosas que no conocemos, ó por su sutileza y sus prestigios, quiere atraerse el culto que solo se debe al soberano Criador. Por tanto la Iglesia condenó en todo tiempo estos usos como supersticiones y abusos de la religion.

La antigüedad de estos usos se deja ver en los mas antiguos historiadores y poetas: Heródoto (lib. 4) describiendo las costumbres de los Escitas refiere que hay entre ellos una multitud de adivinos que usan varas de sauce que estienden por tierra y levantan al momento, por cuyo tacto pronostican el porvenir; que su rey, quando está enfermo, llama á los mas célebres de tales adivinos.

¹ El Padre Le Brun.

Estrabon¹ cuenta que los sacerdotes ó magos de los Persas hacen sus imprecaciones y predicciones por la virtud de un haz de varas de Taray que tienen en las manos; que así lo practican tambien los de Capadocia, y que lo ha visto él mismo.

En la fábula, por su vara mágica² la célebre Circe trasformó á los compañeros de Ulises en cerdos, y en un pájaro á Pico³ á quien amaba.

Todos los poetas han celebrado la vara de Mercurio: « con esta vara llevaban las almas á los infiernos, que hace dormir y despertar segun quiere, » dice Homero⁴ lo que imitó Virgilio⁵ « Mercurio, dice, con su vara poderosa, llama á las almas que están en los infiernos y precipita otras en ellos; hace dormir y despierta, cierra los ojos á la luz para siempre; anima á los vientos y penetra las mas espesas

¹ *Geografía*, lib. v. n. 44.

² HOMERO, *Odisea*, lib. x. y OVIDIO, *Metamorfosis*, lib. xiv.

³ *Quem capta cupidine conjux*

Aurè percussum virgá versumque venenis

Fecit avem Circe.

Eneida, lib. vii, v. 190.

⁴ *Odisea*, lib. xxiv.

⁵ *Eneida*, lib. iv, v. 242.

«nubes. Con ella infundió sueño á los cien ojos
«de Argos¹.»

Aquella vara rodeada de serpientes, que dan á Mercurio y llaman el Caduceo, ha sido reconocida siempre como una copia de la vara de Moises, tanto mejor cuanto que el origen de las serpientes enroscadas al rededor de aquella vara, vino de los Egipcios, como nos lo enseña Macrobio², entre los cuales la vara de Moises se mudó en serpiente, volvió á su estado de vara, se tragó otras serpientes, y despues obró los prodigios mas brillantes.

Vemos en el himno en honor de Mercurio, que se atribuyó á Homero, otro efecto y otro uso de aquella vara, que ha contribuido á establecer Mercurio el Dios de los ladrones (calidad que le ha reconocido toda la antigüedad pagana), en él se pinta como llevando siempre su vara; y entre sus hazañas más señaladas hace alarde: «De que va
«á agujerar una casa hermosa en un campo del
«Asia llamada Piton (de la cual hablan Plinio y
«Solin³), de donde robará muebles y utensi-

¹ *Languida permulcens medicatâ lumina virga.* OVIDIO, *Metamorfosis*, lib. 1.

² *Saturnales*, lib. 1, cap. 19.

³ PLINIO, *Hist.*, lib. x, cap. 25; SOLIN, cap. 45.

«los ricos y preciosos, oro, metales, y vesti-
«dos magníficos¹;» lo que es un rasgo sin-
gular cuyo original se reconoce, como lo vere-
mos.

El nombre de vara de Mercurio, que ordinaria y comunmente se ha dado á la vara de Moises, las culebras enroscadas alrededor de esta vara, y su origen declarado egipcio, dan á conocer bastante no es todo mas que una copia de la famosa vara con que Moises hizo tan grandes prodigios, lo primero en Egipto.

Por la virtud de esta vara milagrosa, quiso Dios confirmar la autoridad de la embajada de Moises, y justificar su mision á Faraon; le constituyó dios de este principe², y le comunicó su omnipotencia sobre los elementos y sobre toda la naturaleza. Y para confirmarle á él le mandó echar por tierra la vara, que se convirtió al momento en culebra³; por otro mandato de Dios, tomó él esta culebra por la

¹ *Abibo in Pythona magnam domum perforaturus; hinc qui abunde insunt tripodes et lebetes depopulabor, et aurum et abunde splendidum ferrum, et multas vestes.* V. 178 y sig.

² *Dixit Dominus ad Moysem: Ecce constitui te dominum Pharaonis.* Exodo, cap. 7, v. 1.

³ *Projecit eam et versa est in colubrum.* Exodo, cap. 4, v. 5.

cola, y se volvió vara ¹. Aquí está ya el famoso caduceo de Mercurio.

Dios volvió á decir á Moises ²: *Toma en la mano esta vara, con la que harás los prodigios que te he prometido.* Moises fué pues al Egipto con la vara de Dios en la mano ³, señal y símbolo de su autoridad. Por tanto, la vara, el baston y el cetro, que son términos sinónimos en todas las lenguas, y particularmente en la griega, han venido á ser las señales de la autoridad soberana.

Cuando Moises y Aaron se vieron en presencia de Faraon, que les pidió milagros para probar que eran enviados por Dios, mudaron, como Dios se les habían mandado, la vara en culebra. Los magos de Faraon, conocidos por los nombres de Jannes y Mambres ⁴, echaron cada uno su vara por tierra, y Dios permitió que se obrara un cambio igual; pero, para no dejar duda, la vara ó serpiente de Moises se comió las de ellos. He aquí la vara rodeada por las culebras.

¹ *Versaque est in virgam.* Exodo, cap. 4, v. 4.

² *Virgam quoque hanc sume in manu tuá, in quá facturus es signa.* Exodo, cap. 4, v. 17.

³ *Portans virgam Dei in manu suá.* Exodo, cap. 4, v. 20.

⁴ Exodo, cap. 7 y sig.

Despues Moises tocó el agua del río con su vara ¹, y se convirtió en sangre con todas las aguas del Egipto; Dios permitió que lo imitaran tambien los encantadores de Faraon, ya porque fascinasen la vista, ya que, por auxilio del demonio, hubiesen traído culebras y otras materias propias para producir este último efecto. Pero queriendo Dios confundir á Faraon, hizo que, habiendo tocado Moises la tierra con su vara el Egipto entero, hombres y animales, se cubriesen de mosquitos; lo que no pudiendo imitar los magos, se dieron por vencidos, y dijeron á Faraon que no se podía menos de conocer en esto *el dedo de Dios* ². Aquí esta la impotencia de la varita, que no obra sino segun las órdenes de Dios.

Se saben los otros prodigios que hizo despues con su vara ³, contra Faraon y el Egipto, por cuya virtud obligó á los Egipcios á entregar al pueblo de quien él era jefe sus vasos de oro y plata ⁴, muebles y vestidos preciosos. Se despo-

¹ Exodo, v. 19.

² *Digitus Dei est hic.* Exodo, v. 19.

³ Exodo, cap. 9 y 10.

⁴ *Petierunt ab Ægyptiis vasa argentea et aurea, vestemque plurimam, spoliaverunt Ægyptios.* Exodo, cap. 12, v. 33 y 56.

jaron en favor de este pueblo, y le dieron priesa para que saliera de su país con sus riquezas; lo cual se ha copiado en el supuesto robo que hizo Mercurio de muebles, vasos, metales y vestidos preciosos, oro y otras riquezas en el campo de Piton, con otra tanta mas semejanza, cuanto que este nombre de Piton es el de una ciudad de los Hebreos en Egipto¹, de donde robaron en efecto, como se acaba de decir, las riquezas de los Egipcios, capitaneados por Moises. La Escritura Santa llama á esta ciudad *Phithon*, lo que no produce diferencia alguna, pues en griego, el *Pi* corresponde al *Phe* de los Hebreos, y por otra parte *Pi* y el *Phi* se confunden con facilidad en el griego. Por tanto, ha conservado la fábula hasta el nombre de los lugares, tomando esta aventura de la historia. Esta misma aventura ha hecho atribuir á la varilla el poder de descubrir el oro, la plata y todos los metales.

Con un golpe que dió Moises² en las aguas del mar, le dividió, y abrió en medio de las ondas un camino enjuto á los Israelitas; con otro golpe despues hizo unir l.s aguas separadas para

¹ *Ædificaveruntque urbes tabernaculorum Pharaoni, Phitom et Ramesses.* Exodo, cap. 1, v. 11.

² Exodo, cap. 14, v. 16, 21, 27 y sig.

envolver y sumergir á los Egipcios que los perseguian. De aquí vino el poder atribuido á la vara de Mercurio para enviar las almas á los infiernos y sacarlas de ellos.

En el desierto Rafidim¹, donde por la escasez de agua murmuró el pueblo, Moises, con arreglo á la orden de Dios, tocó una roca con su vara, é hizo salir un manantial abundante. Hela aquí que descubre y halla el agua.

En el desierto de Mara, donde no habia mas que aguas saladas², que no eran potables, Dios hizo conocer á Moises una madera que, puesta en el agua, las hizo du'ces. De todos estos pasages se formó la opinion del ascendiente de la varita sobre las aguas.

Esta misma vara, enteramente seca, echó en una noche botones, hojas y frutos³ entre muchas otras que se mantuvieron secas. De allí tal vez vino la idea que no habia sino ciertas maderas propias para varitas, ó que debian cogerse en cierto tiempo; y que las otras maderas ó cogidas fuera de tiempo no tenian virtud.

¹ Exodo, cap. 17, v. 5 y 6.

² *Nonne à ligno indulcata est aqua amara?* Exodo, cap. 15, v. 25; Eclesiást., cap. 58, v. 4 y 5.

³ Números, cap. 17, v. 7.

No es sorprendente que, según estos ejemplos, se haya querido dar á la varita la virtud de descubrir manantiales ocultos de agua; y que la propension de los hombres por la curiosidad y lo maravilloso hayan querido hallarlo de toda especie en esta varita, como diferentes las habia producido. Y porque Moises y Aaron, que llevaban esta vara, guiaron á los Israelitas por el desierto durante cuarenta años, se ha creído poder hallar con la vara los caminos perdidos; como tambien puede haber contribuido la misma razon á constituir á Mercurio el dios de los caminos y de los viajeros.

Pero como todos estos prodigios se obraban por particular y expresa orden de Dios, quien viendo que abusaba el pueblo de ella, que creía era esto una virtud natural de esta madera, y que suponía debían producir semejantes efectos otras varas de la misma madera, y descubrir lo mas oculto; se queja, por su profeta Oseas, de que dejándose llevar su pueblo por el espíritu de seducción, ha consultado á un pedazo de madera, y ha querido se le pronostique el porvenir por un palo¹. Por esto, condena Dios el uso de la vari-

¹ *Populus meus in ligno interrogavit, et baculus ejus annun-*

ta, condenado tambien siempre por su Iglesia, y cuyo abuso es manifestar en la historia las prácticas supersticiosas que llevamos citadas.

XXXII. DE LAS SUERTES.

Hay adivinacion por las suertes como por los agüeros: no se puede pensar ni creer con fundamento alguno de razon que la suerte, por ejemplo, un dado tirado con temeridad, ó un billete escrito por acaso ó sin conocimiento, sin designio, pueda hacer juzgar segura y prudentemente de un hecho desconocido, tanto á los que han escrito ó marcado el tal billete ó dado, como á los que le han echado. ¿Cómo condenar á un hombre acusado ó absolver á un sospechoso por un golpe ciego é imprevisto? « ¿Solo el acaso, sin razon, sin designio puede decidir con justicia y autoridad? dice Ciceron¹. ¡Qué su-

tiavit ei, spiritus autem fornicationis decepit eos. OSEAS, cap. 4, v. 12.

¹ *Quid sors, cui temeritas et casus, non ratio, non consilium, valet? tota res est inventa fallacis, aut ad quæstum, aut ad superstitionem, aut ad errorem.* De Divinat., lib. II n. 85.